

Breve historia de Tunja

Escribe: JORGE EDUARDO MORENO ACERO

Las crónicas de una ciudad no deben ceñirse únicamente al acaecer cronológico; han de abarcar también el ambiente moral, constituido por el estado general del espíritu y las costumbres, que actúa en identidad con el ambiente físico. Por ello, al escribir la historia de Tunja se escribe la historia de Colombia, pues en esa ciudad es donde ha latido con más fuerza el corazón de la Patria.

I. FUNDACION DE TUNJA

La capital del Zaque Hunza, uno de los más poderosos Jefes chibchas, estaba emplazada en una bella y fértil región, regada por manantiales de aguas purísimas. Componían la planta urbana de la población varios centenares de chozas, cuyos techos pajizos contrastaban extrañamente con las láminas de oro bruñido colocadas sobre las puertas. El día de la invasión por los españoles —relata un historiador— “tanto el rey como los indígenas que lo rodeaban estaban vestidos con mantas de algodón y adornados con medias lunas de oro en la frente y en el pecho”. Tal esplendor deslumbró a los conquistadores y pronto los súbditos del Zaque se vieron despojados de sus inmensos tesoros.

Gonzalo Suárez Rendón, soldado valeroso que había militado en los ejércitos del emperador Carlos V, formaba parte de la expedición despachada de Santa Marta por el gobernador Pedro Fernández de Lugo. Su viaje al interior del país fue muy penoso. Muchos de sus compañeros perecieron a causa de la insalubridad del clima y los escasos sobrevivientes habían per-

dido la esperanza de encontrar las riquezas que llenaban sus sueños. Sólo hasta mediados del año de 1537 llegaron a una región de atmósfera propicia y "suficientes recursos": los dominios de Quiminchateca.

Suárez procedió a fundar una ciudad, a la que llamó Tunja. Al decir de Castellanos:

*"Año de treinta y nueve por agosto,
cuando delante Pedro, Juan y Diego
el Hijo de la Virgen, Dios Eterno,
hizo demostración de su gloria.
En este día célebre se hizo
elección de justicia y regimiento
con la solemnidad acostumbrada. (IV, 443).*

Obrando, pues, con el ritual, trazó el área habitacional, repartió los solares entre sus acompañantes y señaló los sitios en que debían erigirse el templo y la fortaleza.

Hernando Alcócer, antiguo subordinado de Alfínger, figura entre los fundadores de Tunja. Este célebre conquistador prestó a la Colonia importantes servicios, en recompensa de los cuales se le nombró Encomendero de Bojacá, Pasquilla, Sasaima y otros lugares situados en jurisdicción de Santa Fe. Las empresas comerciales a que se dedicó le permitieron alcanzar una ventajosa posición pecuniaria y social.

Tunja fue adquiriendo importancia y ya en 1541 el soberano le concedió el título de ciudad y un escudo de armas, "con una granada en el medio de la parte inferior, y un águila negra de dos cabezas coronadas de oro, abrazando el escudo, con el toisón pendiente de las alas abiertas". El fundador la gobernó durante cuatro años, al fin de los cuales fue encargado del gobierno del Nuevo Reino de Granada, como Justicia Mayor.

II. PRIMERAS CONSTRUCCIONES

Poco a poco iba incrementándose la construcción de edificios de cal y canto. Las portadas de las mansiones señoriales fueron adornadas con pomposos escudos de armas, que aún conservan muchas de ellas.

La iglesia mayor fue una de las primeras grandes edificaciones. En 1564, después de haber sido presa de las llamas, se procedió a reconstruirla. Por el mismo tiempo se empezó la construcción de varios conventos e iglesias. En 1603 se concluyó el edificio para el convento agustino que fundó Fray Bernardino de Minaja, al cual se trasladó más tarde el hospital y a mediados de 1863 se estableció en su lugar la Penitenciaría. Entre los años de 1564 y 1611 se levantaron los conventos de las órdenes de San Francisco, de Santo Domingo y el de la Compañía de Jesús. Este último, como consecuencia de la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles, pasó a la Orden de San Juan de Dios. En 1882 se fundó allí el ilustre Colegio de Boyacá.

Por devoción de los tunjanos se edificaron varias ermitas: Las Nieves, Santa Bárbara, San Laureano, Santa Lucía y otras. Pasado algún tiempo, fueron reemplazadas por sólidos y hermosos templos de severo estilo español. Estas iglesias, junto con las construídas posteriormente, han sido magníficos motivos de orgullo para la ciudad, que siempre ha conservado sus costumbres cristianas. Muchas personas donaron sus bienes o gran parte de ellos para erigir monumentos religiosos. Entre ellas se cuentan: don Luis de Sanabria, don Pedro de Sosa, las señoritas Beatriz y Catalina Rodríguez, hijas de don Pedro Rodríguez de los Ríos, el Capitán Francisco Salguero, los presbíteros Antonio de Castro, Juan de Porras Marquina, Juan Betancourt y José Osorio de Paz, cura Beneficiado de la Parroquia de Santa Bárbara, en cuyo testamento declaró haber "costeado la edificación de una iglesia y casas aledañas" para que sirvieran de convento a los padres Candelarios.

III. DESARROLLO DE LA CIUDAD

Tunja fue poblada "por los personajes principales de las tres secciones de conquistadores" (Jiménez de Quesada, Benalcázar y Federmann). Se puede, desde mediados del siglo XVIII, "considerar el conjunto de la población como formando un grupo homogéneo. La raza española se había fusionado con la indígena, por lo que casi todos los habitantes eran criollos".

Los conquistadores se habían hecho ricos muy fácilmente. La abundancia generalizó el interés por el trabajo. A más de

esto, el carácter individual de los criollos: viveza, don de rápida asimilación y entusiasmo, hizo posible el desarrollo de la agricultura y el comercio. Unos y otros procuraban realzar el prestigio de la antigua capital del Zaque. Nada como este estado de espíritu podía prestarse mejor a su progreso. Impulso tan unánime tenía como base la existencia de una sólida estructura social.

Como se ve, la prosperidad material y la altura moral de Tunja eran favorecidas en grado sumo por la índole de sus habitantes. Menos de un siglo después de fundada contaba con cerca de 5.000 habitantes. Rápidamente, el primitivo casco urbano iba ensanchándose. Varias calles habían sido trazadas, como también una amplia plaza. Las casas se construían en gran número, según lo exigía el aumento de la población.

IV. TUNJA DURANTE LA EPOCA COLONIAL

El amplio bienestar de que se gozaba había permitido a los tunjanos conocer una existencia apacible y laboriosa. Las habitaciones, adornadas con tapicerías y retratos de familia, con pesadas mesas y altos sillones tapizados, invitaban a tranquilas intimidades. Alrededor de los patios, alegrados por macetas de geranios y claveles, se abrían amplias ventanas enrejadas y no faltaba allí el realce de una fuente o de una pajarera.

No obstante el ambiente claustral que dominaba, la ciudad se divertía. Frecuentemente la sociedad organizaba fiestas y saraos. Aquellas reuniones, en las que los jóvenes de ambos sexos cambiaban palabras de ingenua pasión bajo la mirada vigilante de sus mayores, tenían una suave seducción. ¡Suspiros arranca la remembranza de tiempos tan apacibles y felices!

La afición al estudio, favorecida por el auge cultural de Santa Fe, vino a ser natural en Tunja. Las Letras y las Artes se cultivaron con éxito. Surgieron muchas figuras ilustres para honra de la ciudad. Bastaría una sola de ellas para representar lujosamente la intelectualidad tunjana: Sor Francisca Josefa de la Concepción, conocida, antes de vestir el hábito, con el nombre de Francisca Josefa de Castillo y Guevara. Su obra titulada "Afectos Espirituales" la consagró como una de las más brillantes plumas del Nuevo Reino de Granada.

Quizás lo que con mayor espontaneidad nos presenta el alma de Tunja es su arquitectura de la época colonial. Los edificios civiles y religiosos levantados en los siglos XVII y XVIII perduran como emblemas de la disciplina y de la fe que han caracterizado a la ciudad. En ella la arquitectura y el paisaje se hermanan, comprobando la existencia de las dos virtudes tópicas de armonía y medida. Esa unión admirable alcanza su eco inmediato en la iglesia de San Francisco, en cuyos retablos y decoraciones se representa el acuerdo de la gracia natural y de la sencillez, que también caracteriza a las casonas de la época, edificadas sobre anchos muros de adobe, con puertas y ventanas abiertas sobre un liso paramento, ornamentado con amplio balcón de madera, con bajos cielos rasos, alegrados con rosetones rojos o dorados.

Para el año de 1650 ya estaban terminados los cuatro costados de la plaza Mayor, en donde tenían lugar los mercados. Este sitio era testigo de variadas y pintorescas escenas. Para festejar los grandes acontecimientos se engalanaban artísticamente los balcones y las hermosas damas tunjanas los animaban con su presencia. En las procesiones de Semana Santa se hacía despliegue de gran pompa, especialmente en la del viernes, a la que concurrían las diversas órdenes monásticas “luciendo sus hábitos y suplicios, con las insignias emblemáticas de sus respectivas iglesias”; asistían también los funcionarios “acompañados de los otros oficiales”, todos portando cirios. Las varias escenas de la Pasión se representaban con estatuas: Jesús con la cruz a cuestas, la Flagelación en la columna, el Enclavamiento, etc. Inmediatamente después de estas andas iban algunos frailes y penitentes, que llevaban en la mano disciplinas o azotes de nueve ramales, con los cuales de vez en cuando se “acariciaban” las desnudas espaldas. Seguían los pasos de la Crucifixión y la Dolorosa, arreglados con esmero. Cargaban las andas hombres vestidos con hábitos monjiles, provistos de antifaces y “cubierta la cabeza con altos sombreros de forma cónica, orlados de un crespón con tres huecos que caía sobre la cara”. Tanta solemnidad habría de continuarse a través de los años, hasta hoy.

* * *

“En Tunja, ciudad deste reino de Santafé, acaeció que una dama, hija de un hombre muy principal y rico, se enamoró de

Miguel Henríquez, vizcaíno, poderosísimo en su hacienda y en su trato mercader. Quiso casarse con ella, y el padre se agravió tanto que lo siguió y aun trajo Oidor sobre ello, al cual le consumió cien mil ducados y en ausencia sentenció a muerte al vizcaíno, y a Hernando de Torres, por haberse acompañado con él, le cortó el pie; a otros criados azotó y echó a Galeras. En resolución, fueron tantos los agravios que hizo que se pidió en España visita contra la Real Audiencia”.

Este sencillo relato, hecho por el licenciado Pedro Ordóñez de Ceballos, muestra con exactitud cómo se administraba justicia durante la Colonia. Ciertamente, es difícil aceptar como verosímiles muchos episodios de esa época y tomar sin reservas lo arbitrario de ellos.

El sistema colonial, tal como lo comprendieron y lo aplicaron los soberanos hispanos, dio como resultado que se cometieran odiosos abusos. Las colonias eran consideradas simples dependencias de la Corona que ésta debía explotar en única ventaja suya, sacando de ellas cuantos recursos fuera posible obtener. El régimen fiscal que imperaba tenía que dar necesariamente malos resultados.

En 1779 llegó a Santa Fe el Visitador don Juan Gutiérrez de Piñeres, procedente de la Península. Había sido comisionado para visar las cuentas del Nuevo Reino, en donde el déficit anual ascendía a crecida suma. Deseando el Visitador proporcionar a la Tesorería de Madrid los dineros de que tan necesitada estaba, puso de nuevo en vigor el impuesto llamado de barlovento, abolido muchos años antes, y que obligaba a los colonos a pagar considerable censo personal. No contento aún, aumentó la odiada cuota de la alcabala. Por estas disposiciones comenzaron a producirse motines. Todo el norte de Nueva Granada se declaró en rebelión.

Pocos meses después se insurreccionaron los Comuneros. Emisarios enviados del Perú esparcían la noticia del levantamiento de Tupac Amaru. Los habitantes de Tunja y los alrededores persuadieron a un tendero de Nemocón, llamado Ambrosio Pisco, que pretendía ser el último superviviente de los Zipas, a que los capitaneara. Pero ya José Antonio Galán había tomado la dirección del movimiento.

Piñeres desempeñaba por entonces el cargo de Virrey interino y trató por todos los medios a su alcance de dominar el alzamiento. Sin embargo, a instancias del arzobispo Caballero y Góngora, se prestó a negociar con los insurrectos. A cambio de la dispersión de los Comuneros, accedió el gobernante a suprimir las alcabalas y a disminuir otros impuestos, como también a salir del país.

Más tarde, el Virrey desgarró el tratado y mandó arrestar a los promotores de la insurrección. Berbeo desapareció y Galán cayó en una emboscada. En Diciembre de 1782 fue ejecutado con tres de sus compañeros.

A pesar de la facilidad con que fue apaciguada, la sublevación de los Comuneros queda como la expresión más característica del estado de ánimo de los granadinos de antes de 1810. Los tunjanos, al poner a su cabeza al heredero del Zipa, pretendían ganar para su causa a la población indígena, propósito por demás plausible.

V. INDEPENDENCIA Y REPUBLICA

Una revolución no puede ser nunca el efecto de una casualidad; para que se lleve a cabo es necesario que haya terreno preparado, y Poder que oprima, y Pueblo que apele a la fuerza para reivindicar sus vulnerados derechos. Si el motín requiere de un *hecho* para formarse, la revolución comienza con una *idea* que la hace estallar, que le da bandera. La idea que hizo estallar la revolución en la Nueva Granada tenía ya vida en 1781 cuando los Comuneros iniciaron su protesta. En 1794 esa idea alentaba a Antonio Nariño y en 1810 se convertía en acción. En este año tuvo lugar en las secciones del dominio español un suceso idéntico en todas ellas: la deposición de las autoridades coloniales y el establecimiento de Juntas Supremas, a ejemplo de la de Sevilla.

De extremo a extremo del Continente repercutía el instinto nacionalista y las Indias occidentales —joyas invaluable de la Corona española— querían desprenderse de las gastadas garras ya incapaces de sujetarlas. En todas partes los jóvenes y los viejos mostraban ansia por lanzarse a la conquista de su ideal común: independencia.

Cúpole en suerte a Tunja el llegar a ser el centro de donde partían todas las actividades guerreras. Allí el patriotismo era una religión. Con razón Bolívar escribía el 26 de septiembre de 1819: "Esta ciudad es heroica: en ella la reacción del espíritu ha sido proporcionada a la opresión terrible de tres años. El clero regular y secular, los monasterios de religiosas, los funcionarios, los viejos, los niños, los pobres, las mujeres, hasta los moribundos se han acercado enajenados y me han abierto su corazón. Yo no he hallado en todo esto el lenguaje de la lisonja, sino la expresión del candor y el sentimiento de los bienes que trae consigo la libertad. En este pueblo, entusiasta en sus derechos, sin afectación, he visto el foco del patriotismo, y creo que será el taller de la libertad en estas provincias".

Después de la gloriosa acción del Pantano de Vargas, Tunja fue escenario de una decisiva victoria del Libertador, cuyas tropas, el 5 de agosto de 1819, hicieron prisionera a la guarnición realista de la ciudad, consolidando así la magna tarea emancipadora.

Pasados dos días, en la mañana del día siete, el ejército republicano, formado en la Plaza de Tunja, esperaba la orden de marcha. Cuando Bolívar encontró la oportunidad que buscaba, atacó a los españoles. Y triunfó. La batalla final, la que nos libró para siempre del yugo peninsular, fue dada en un lugar que sólo dista de Tunja unos pocos kilómetros. ¡Honor que únicamente a ciudad tan noble debía corresponderle!

En Tunja era donde la idea republicana había hallado más ferviente asilo; ya a fines del siglo XVIII ponía empeño la ciudad en lograr su difusión. La juventud unía a la aureola de sus virtudes la del fervor patriótico y sus ardores eran tan nobles como entusiastas.

Con sorprendente impetuosidad, los productos del ingenio, al igual de los de la naturaleza, habían alcanzado en el transcurso de pocos años su pleno florecimiento. Se establecieron casas de comercio, institutos de Artes y Oficios y colegios Superiores. Los estudiantes componían una pléyade de activos investigadores y eruditos, muchos de cuyos nombres ha grabado la Historia.

Como consecuencia natural de las guerras civiles, el progreso de la ciudad fue lento en las últimas décadas del siglo XIX. Pero el orden y la tranquilidad sociales no sufrieron mengua. Llegada la paz, a su sombra bienhechora se cobijaron los tunjanos para laborar el engrandecimiento patrio.

Tunja puede considerarse amable hogar de todos los colombianos; sus hijos no han sabido jamás de las pequeñeces lugareñas. Quienes llaman a sus puertas son acogidos con cariño. Manifestación evidente es ésta del alto grado de civismo alcanzado allí y que desvanece conceptos pesimistas que en lo referente al porvenir de la actual capital de Boyacá han expresado sociólogos y urbanistas improvisados.